

# Aportaciones básicas para el debate sobre las acciones y la lucha revolucionaria

## 1. Introducción: teoría y práctica

La “acción directa”, en el sentido particular del ataque destructivo e ilegal, es un método de lucha ampliamente utilizado dentro de nuestro ámbito político. No es nuevo en absoluto, ya que entronca con la tradición de violencia que ha estado siempre íntimamente ligada al movimiento anarquista, y por otro lado ha sido revalorizado desde corrientes teóricas con una fuerte influencia en la Barcelona de los últimos años. Las acciones de este tipo están, por lo tanto, arraigadas en la identidad política con la que nos reconocemos. Y precisamente por eso sentimos la necesidad de cuestionar permanentemente esta herramienta, de situarla en una reflexión global que nos permita una práctica más incisiva, más coherente con una perspectiva revolucionaria y más efectiva en el logro de sus objetivos. Una práctica real que vaya más allá de la inercia, del activismo (hacer por hacer) y de los fetiches identitarios.

Nos da la sensación que a las preguntas ¿Que pretendemos conseguir cuando llevamos a cabo una de estas iniciativas?, o ¿qué papel juegan los sabotajes en determinada situación y en el contexto general de la lucha?, a menudo se responde vagamente con una consigna fácil, con un planteamiento poco meditado, o incluso con un silencio que delata la debilidad de nuestras posiciones. Teniendo en cuenta las consecuencias que se derivan de esta práctica, pensamos que la ausencia de pensamiento al respecto no es aceptable. De la misma forma que una teoría que es inaplicable a la práctica no nos sirve, tampoco nos sirve una práctica que no podemos intelectualizar, que no podemos expresar mediante una reflexión política clara. Este texto es nuestro posicionamiento y nuestra modesta aportación al necesario debate colectivo sobre las acciones de sabotaje.

## 2. Una herramienta más

Pensamos que lo primero es situar la práctica en el lugar que le corresponde dentro de nuestra perspectiva global. Para nosotros llevar a cabo acciones de este tipo no es ni un principio incuestionable, ni la finalidad última de nuestra práctica. En pocas palabras: nuestros principios son los principios libertarios (la rebeldía contra el dominio, la reciprocidad, la horizontalidad, la autonomía, el apoyo mutuo en las relaciones humanas) y nuestra finalidad es desarrollar estos principios en la realidad de la que formamos parte, emprendiendo un proceso revolucionario que ponga fin a esta sociedad caracterizada por la dominación, la explotación y el abuso generalizado. Dentro de este cuadro tan esquemático **las acciones son un medio, una herramienta que en determinada situación o contexto puede ser útil para el avance de nuestro proyecto revolucionario.**

Cuando dejamos de ver la opción del “ataque” como un medio, y comenzamos a verlo como

un principio o una finalidad, empieza la distorsión de nuestra percepción y nuestra práctica. Distorsión especialmente visible a la hora de analizar todos aquellos fenómenos políticos y sociales que nos rodean. Como utilizamos el ataque como principio para medir cualquier cosa, en vez de valorar las experiencias captando su complejidad, teniendo en cuenta todos los elementos que las componen y poniéndolos en relación a una perspectiva revolucionaria, reducimos toda reflexión a una simple dicotomía: “hay ataque, por lo tanto es 'bueno'- no hay ataque, por lo tanto 'no es bueno' o no es 'tan bueno'”. (1) Las movilizaciones en las que no “se lía”, las expresiones que no llaman al ataque violento de forma explícita, las asambleas, las discusiones,... son despreciadas en contraste con los disturbios, la propaganda incendiaria o los sabotajes. Este pensamiento simplista, que banaliza cualquier tipo de análisis, se sustenta sobre el fetichismo de la violencia, sobre la idea de que ésta es un valor en si misma. Y sin embargo, **la violencia no delimita nada, su ausencia no indica infaliblemente que una iniciativa sea reformista o reaccionaria, ni su presencia que sea revolucionaria.** El sabotaje y los métodos violentos han sido utilizados históricamente por muchos y muy diversos sujetos políticos (desde fascistas hasta sindicalistas apolíticos, pasando por independentistas etnicistas sin demasiadas pretensiones sociales) que nada tienen que ver con una línea de lucha revolucionaria. Los disturbios -que a veces ensalzamos de forma acrítica aún sin conocer sus verdaderas características- pueden tener perfectamente unas motivaciones y unos contenidos centrales que distan mucho (por reaccionarias, racistas, machistas, de subordinación a estructuras mafiosas, etc.) de la imagen de revuelta que intentamos proyectar sobre ellos.

**En cuanto al surgimiento de la violencia revolucionaria, ésta raramente se da como un suceso aislado, sino que mas bien representa momentos concretos de fenómenos mucho más amplios, que involucran formas muy diversas de organización y actuación social y política.** Pensar, por ejemplo, que los estallidos que se dieron durante las últimas huelgas se dieron por generación espontánea, es equivocarse gravemente. Los cortes de calle, los sabotajes masivos, los enfrentamientos con la policía, los saqueos o el destrozo de bancos y multinacionales, son la erupción de procesos sociales madurados por el malestar y catalizados por un constante trabajo de comunicación, organización, y agitación previa. No podemos negar el gran valor de la espontaneidad, pero tampoco que mucho del “caos” que vemos a nuestro alrededor es, en parte, un caos organizado. Por otro lado, los ataques que llevamos a cabo como pequeños grupos de acción, fuera de los contextos masivos, están igualmente ligados a un todo más amplio. ¿O a caso sería posible la existencia de estos grupos sin la difusión previa, sin el caldo de cultivo político, sin todo el trabajo de transmisión de ideas y prácticas que nutren su actividad, sin los espacios donde los y las compañeras se encuentran...?

Dejar de tener las acciones destructivas como principio significa bajarlas de su posición jerárquica, situarlas al mismo nivel que todas las demás herramientas de lucha, aprender a analizar la realidad desde una mirada crítica y revolucionaria (no sólo fijándonos en el grado de violencia), y asumir que todos los medios pueden sernos útiles cuando sabemos usarlos inteligentemente.

### 3. El potencial de las acciones

Entendida la acción destructiva ilegal como una herramienta más, es necesario definir cuál es su potencial, su utilidad concreta. A nuestro parecer, la fuerza de las acciones sólo se puede valorar realmente por sus efectos en un contexto específico. Por ejemplo, en el caso de un proceso represivo contra un compañero, los ataques contra empresas denunciadas, o contra estamentos judiciales o carcelarios, pueden ejercer una presión efectiva y dotar de fuerza real a una posición de solidaridad antirepresiva. En conflictos laborales, el sabotaje puede cambiar la correlación de fuerzas entre la empresa y los trabajadores, superando así el desnivel impuesto mediante la legalidad burguesa. Frente a agresiones contra el territorio, los ataques pueden obstaculizar de forma efectiva el desarrollo del proyecto y jugar un papel significativo en su paralización. En un momento en el que el Estado se está apoyando sobre la impunidad del silencio para cometer un abuso - por ejemplo, reprimiendo un motín reivindicativo dentro de un CIE- la acción directa puede romper este silencio y apoyar la lucha amplificándola. Lo que tienen en común todas estas intervenciones es que, en el marco de un conflicto, fortalecen el campo propio y debilitan el campo enemigo.

Pero fuera de estos marcos específicos, donde la práctica del ataque es igualmente legítima, ¿cuál es el potencial de las acciones? ¿qué pueden aportar a una lucha revolucionaria? En Catalunya, distintos grupos de acción y organizaciones armadas han respondido a esta pregunta, según su análisis político y el momento histórico. La Resistencia libertaria de los años 40 y 50 buscaba, mediante sabotajes a la infraestructura energética y acciones espectaculares como la colocación de explosivos y la ejecución de conocidos verdugos, desestabilizar económicamente al régimen y hacer resurgir un referente de lucha en un momento de represión y silencio social casi absoluto. A principios de los 70, los MIL-GAC pretendían reforzar el ala autónoma del movimiento obrero con atracos a bancos y otras expropiaciones, que además de financiar ediciones teóricas revolucionarias y cajas de resistencia obrera, serían reivindicados para la agitación anticapitalista. Los planteamientos de una parte del grupo también mostraron la voluntad de profundizar en la práctica armada con el uso de explosivos y atentados personales, pero distintos factores impidieron la consecución de sus planes. Más adelante otros grupos sí tiraron de este hilo, como los GARI, o los Grupos Autónomos, cuyos planteamientos de lucha fueron explicados de forma sencilla y clara por algunos de sus miembros encarcelados:

“Nuestras acciones siempre han tenido una finalidad social. Las expropiaciones (nosotros consideramos como un atraco la reapropiación de lo que, durante toda la vida, los estafadores legales roban) estaban hechas para asegurar nuestra autonomía: compra de material, propaganda, ayuda a las luchas autónomas, y los compañeros de la cárcel, etc.... Las bombas, las hemos puesto para llamar la atención sobre los presos de derecho común. La violencia, no somos nosotros los que la hemos escogido, pero para expresarnos, no es suficiente con un comunicado y un sello: el capital nos cierra la boca. Solamente golpeando, nuestros comunicados tenían derecho a ser publicados en la prensa. Es lo que hicimos y no nos arrepentimos”

*Grupo Autónomo de Barcelona*

*Marzo del 78*

*(acusados de atracos y atentados contra varios juzgados, la cárcel “Modelo” de Barcelona y el centro de menores “Asilo Durán”, donde curiosamente había estado encerrado de niño el guerrillero Quico Sabaté)*

Estas experiencias de lucha son sólo unos pocos ejemplos de las diversas proyecciones estratégicas que se le ha dado a estos métodos a lo largo de nuestra historia. Sin embargo, sirven para mostrar cómo cada grupo supo imprimir una dirección política en su práctica, cómo pusieron por delante de sus acciones unos objetivos concretos que las guiaban.

Hoy tenemos la sensación de que la práctica de los sabotajes se ha independizado de cualquier consideración estratégica, justificándose el ataque por sí mismo, como principio y final de la práctica, o habiéndose reducido a un reflejo automatizado ante algunas situaciones. Este vacío en

la estrategia se suple muchas veces con fórmulas confusas y ambiguas, más pertenecientes al ámbito de la poesía existencial y la literatura romántica que al del análisis revolucionario. Pero para nosotros la acción directa debería ser más que una expresión de rebeldía, debería ser practicada no únicamente para la realización de unos deseos individuales, ni para que mediante la catarsis, el riesgo, y el enfrentamiento podamos culminar la necesidad de sentir que estamos levantándonos contra todo lo que nos oprime. No nos basta con sentir que estamos enfrentándonos al sistema, necesitamos también tener alguna certeza de que le estamos haciendo daño.

En este sentido, partimos de la premisa de que principalmente “la fuerza de una insurrección es social, no militar” (*Ai Ferri Corti*, Anónimo). No medimos únicamente el alcance de nuestros golpes por los daños materiales que causan, sino por su capacidad para extender el cuestionamiento del orden establecido, la desobediencia y el enfrentamiento. Para hacer público y visible un símbolo claro e lucha revolucionaria. Por eso, pensamos que el valor que hoy estas acciones pueden aportar a nuestra lucha, en un sentido general, radica sobretodo en su potencial agitativo. Las acciones, al romper el sagrado monopolio estatal de la violencia, y todos los discursos hegemónicos en los que éste se enmascara, causan impacto y pueden abrir fracturas en los esquemas sociales dominantes. Estas fracturas son las que un movimiento revolucionario debe provocar, extender y desarrollar, alimentándolas continuamente con una crítica social firme y afilada.

Por eso, independientemente de si en un momento dado tiene un gran o un pequeño apoyo entre la población, **para nosotros la acción con métodos destructivos e ilegales es efectiva cuando tiene sentido táctico en una lucha concreta, o cuando en general tiende a agrietar el consenso social y a transmitir con potencia un contenido político revolucionario.** Cuando no lo hace, no importa lo elevados que hayan sido los daños materiales, la cantidad de objetivos golpeados, la espectacularidad de la acción o lo “libres” que nos hayamos sentido habiendo “recuperado nuestras vidas” por unos instantes: desde un punto de vista revolucionario, no nos habrá servido de mucho.

#### 4. Las acciones como acto comunicativo

Entender el sabotaje principalmente como una herramienta de agitación nos lleva a pensar en la manera concreta en que estas acciones transmiten un mensaje. Para nosotros el sentido de una acción viene dado por el contexto en el que se da la acción, el objetivo golpeado y la forma de golpearlo. Ciertamente las acciones no siempre hablan por si mismas. ¿La quema de contenedores una noche cualquiera, la destrucción de las furgoneta de una empresa corriente, la quema aislada de un coche de gama alta... realmente comunican lo que queremos transmitir? ¿consiguen estas acciones trasladar el significado, el sentido del ataque que queremos llevar a cabo? **Cuanto menos comprensible es la acción por el objetivo, el momento, el lugar y las formas escogidas, más abiertas están las posibles interpretaciones. Y las carencias en el significado de una acción que podría ser atribuida tanto a un grupo anarquista como a un pirómano, un acreedor, o a un entrañable gamberro, difícilmente podemos suplirlas con un comunicado explicatorio que nunca saldrá de los círculos militantes.**

La Generalitat entiende esto a la perfección, y por ese motivo hace años que impone un estricto silencio sobre los ataques que llevan a cabo los distintos grupos de acción. De este modo, no solo ha ocultado un gran número de acciones que hemos visto reivindicadas en nuestros medios,

también ha intentado suprimir el carácter político de las acciones que han tenido cierta repercusión. Por ejemplo, en las noticias que denunciaban los numerosos ataques contra sedes de CiU a raíz del encarcelamiento de huelguistas del 29M, evitaron en todo momento nombrar a éstos últimos, a pesar de que eran constantemente evocados en las pintadas que acompañaron los destrozos. Meses antes, el estallido de un artefacto explosivo en la escuela de negocios ESADE obligaba a desalojar el centro, con lo que la noticia fue difundida en las redes sociales por los propios estudiantes. Una vez la noticia ya era conocida por los periodistas, los mandos policiales mantuvieron un hermético silencio poco acorde al relieve de este tipo de acción, que sólo unos años atrás habría desatado una ruidosa campaña contra los “grupos radicales”, el “terrorismo de baja intensidad”, etc...

Invisibilizando estas acciones y ocultando su significación política, el Estado pretende neutralizar el poder agitativo de las mismas. Por eso mismo, nuestro trabajo debe ir en la dirección opuesta. **Visibilizar la realidad de esta práctica de lucha implica llevar a cabo acciones audaces, difíciles de ocultar, y sobretodo claras y definidas en el mensaje que transmiten.** Este es, en gran parte, el reto que cada grupo debe resolver elaborando una perspectiva estratégica para sus acciones...

Por otro lado, es evidente **que cuanto más fuerte y efectivo sea el trabajo político que llevamos a cabo como movimiento (mediante propaganda, marchas, acciones públicas, boca a boca en curros, barrios, institutos...), más podran apoyarse los ataques en unos contenidos visibles y constantemente presentes en la realidad cotidiana de nuestras calles, y en unos de canales más amplios para la difusión de los comunicados.**

## 5. Responsabilidad y honestidad

Habiendo hablado sobre el sabotaje en el marco de nuestra perspectiva de lucha, y también sobre su utilidad concreta, queremos lanzar ahora una reflexión sobre la forma en que proyectamos esta práctica. Nos preocupa especialmente la manera en la que hemos mistificado y fetichizado estas prácticas, envolviéndolas de una literatura que idealiza la violencia y la desliga de sus efectos en el mundo real.

Tenemos que ser claros en esto. La práctica de la violencia revolucionaria puede tener consecuencias muy duras, a veces irreparables, no sólo para las vidas de quienes la practicamos. Las tiene para nuestro entorno, para el movimiento en general, para todo el que se encuentre en una manifestación en la que decidimos iniciar o mantener un disturbio, para aquél que casualmente pase a las 3 de la mañana junto al lugar dónde minutos antes alguien ha colocado un artefacto,... No hablamos mucho de ésto en nuestros textos, aunque sí insistimos sobre lo “fácil” y accesible que es el sabotaje o sobre la ausencia de motivos para esperar a “atacar”. Y sin embargo, paradójicamente, a veces un corto tiempo de espera, de reflexión o conversación pausada, habría bastado para evitar resultados desastrosos...

**A la hora de hablar de la lucha, al intentar extenderla, tenemos que decirlo todo. No podemos decir una cosa y callarnos la otra. Tenemos que ser lo bastante responsables como para tomar en cuenta las consecuencias de nuestros actos, y lo bastante honestos como para mostrar a los demás que éstas existen, especialmente a los y las compañeras más jóvenes.** La posibilidad de accidentes, el miedo y la represión (selectiva o generalizada), no debe frenarnos. Pero actuar como si todas estas realidades no existieran no nos hace más revolucionarios, nos hace más inconscientes.

## 6. Notas finales

Nos quedan muchas cosas por decir sobre las acciones, y hemos dicho algunas que otros han dicho ya muchas veces. Nos gustaría, por ejemplo, haber hablado de la precariedad técnica y material con la que se hacen las cosas, o el reinado del inmediatismo y la cantidad como criterios para elegir y llevar a cabo las acciones, en contraste una mejor calidad sobre unos tiempos más dilatados. También la necesidad de imaginación, creatividad, o de precisión en el modo de identificar y golpear nuestros objetivos serian un tema del que nos gustaría hablar. Otros puntos serían la necesidad de dedicar tiempo y esfuerzo a la formación técnica y a la construcción y mantenimiento estructuras logísticas, personales, de información, de apoyo antirepresivo, etc., que potencien la actividad de lucha desde distintas posiciones, a veces de “retaguardia”. Y sin embargo, volvemos a los temas básicos, porque sentimos que hay que seguir insistiendo en ellos: la conceptualización política de la acción, su lugar en nuestro proyecto global, su potencial concreto, la forma en que transmitimos la práctica...

La reflexión y la definición sobre estos aspectos constituyen la base de todo lo demás. Si estos puntos fallan, no importa que el resto esté bien desarrollado. Estaremos construyendo un gigante con pies de barro. Por eso, animamos a seguir dandole vueltas a este tema de forma colectiva. No permitiendo que las reflexiones y las experiencias de cada individuo o grupo se estanquen en su entorno mas intimo, sino haciendo que fluyan, que se confronten con otros planteamientos en un debate que nos fortalezca a todos. Como individuos, como grupos, y como movimiento.

Barcelona, otoño 2012